



Grupos Maristas de Encuentro

Casa abierta, corazón abierto

En el Nuevo Testamento hay una serie de personajes que han ido quedando un poco en segundo plano ante la fuerza de otros, pero que fueron muy importantes para las primeras comunidades. Entre ellos, hay hombres (Timoteo o Tito, Apolo...), mujeres (Junia -apóstol-, Febe -diaconisa-....) y una pareja, un matrimonio que dedicó toda su vida a evangelizar, a crear e impulsar las nacientes comunidades cristianas, siempre abiertos a colaborar y a sumar en el esfuerzo de todos. Este matrimonio lo formaban Prisca («Priscila» en diminutivo) y Áquila.

1. ¿Qué sabemos de Prisca y Áquila?

Conocemos a Prisca y Áquila por los Hechos de los Apóstoles y por las cartas de Pablo. La primera noticia que tenemos de ellos se da en los Hechos de los Apóstoles (Hch.18). Se trata de un matrimonio cristiano que vivía en Roma. De Áquila, el marido, nos dice que es un judío del Ponto, en el Norte de Turquía. El nombre de ambos es latino (Prisca significa «antigua» y su diminutivo es Priscila; Áquila significa «águila»), con lo que es posible que sean judíos muy romanizados. El año 41 d.C. el emperador Claudio expulsa a todos los judíos de Roma por crear disturbios (seguramente entre judíos y cristianos) y el matrimonio tiene que exiliarse a Corinto, donde se encuentra con Pablo. Pese a ser de orígenes muy diferentes, se asocian en el trabajo (el matrimonio y Pablo son fabricantes de tiendas) y en la evangelización.

Luego se trasladan a Éfeso, donde ayudarán a Apolo, misionero de Alejandría, a completar su fe y donde,



probablemente, dan la cara por Pablo a quien perseguían para matarle. Ya no sabemos más de ellos, aunque leyendas posteriores sitúan su muerte en Roma, mártires. La catacumba de Santa Priscila, maravilla cristiana que se puede visitar hoy en Roma, no tiene que ver con ellos.

2. Una historia de la sabiduría cristiana



En todos los pasajes nos encontramos que se les cita juntos, lo que no es habitual. De hecho, pese a la sociedad patriarcal de su tiempo, no pocas veces se nombra a Prisca antes que a Áquila, ejemplo de la fraternidad evangélica, donde «ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, ya que todos sois uno en Cristo» (Gal. 3, 28). Ambos y juntos, son ejemplo vivo de un matrimonio que vive con toda naturalidad y fuerza el deseo de evangelizar. Laicos entregados a la comunidad, que aceptan las tensiones y persecuciones, que son audaces para dejar su tierra por el evangelio y que, apasionados misioneros, crean comunión y fraternidad a su alrededor en momentos difíciles de «envidias y discordias» (1ª Cor. 3, 3).



Cuando se encuentran con Pablo, no discuten ni rivalizan (como sí le sucede con otros), sino que se asocian con toda familiaridad: trabajan y evangelizan juntos. Sumar, mejor que dividir. De hecho, según Rom. 16, 4, llegaron a exponer su vida para defenderle de la persecución. Como la gente entrañable que todos conocemos, Pablo, en sus cartas autógrafas, siempre les recuerda con especial cariño.

Y no sólo crean comunión con el no siempre fácil Pablo. Cuando se encuentran con Apolo, un misionero cristiano de Alejandría, que no conocían y, por tanto, no predicaba el mismo cristianismo que ellos, en lugar de sumarse a la controversia creada y encabezar la disputa, le acogen y le incluyen... No entran en el «yo soy de Pablo, yo soy de Apolo» (1ª Cor. 3, 4), sino que se encuentran con él, le ayudan a completar su cristianismo y, en lugar de multiplicar el conflicto, generan comunión.

De hecho, su casa, allí donde están, se convierte en el lugar de encuentro de una comunidad, de una Iglesia doméstica donde se parte y comparte el pan, donde se vive el Reino de la fraternidad. Por ello, juntos, crean una iglesia doméstica, misionera, abierta a todos, germen de comunión. Su vida y su recuerdo se convierten para nosotros en Palabra de Dios.

3. Para nuestra vida

Así, la experiencia de Prisca y Áquila resuena hoy en nuestras propias vidas:

- Si somos pareja, nos recuerda que el matrimonio no es un sacramento para «nosotros». El matrimonio es nuestro acuerdo, libre y cristiano, para querernos



en Dios y dar así testimonio del amor de Dios en el mundo. Nuestros hogares quieren ser hogares abiertos a la familia, a los amigos, a los vecinos, a todos...; espacios creativos para dar y multiplicar la vida. Con tensiones, con dificultades, con pesadas cruces..., vividas y compartidas en Dios.

- Lo mismo sucede si somos religiosos y vivimos en comunidad. Nuestra vida religiosa es una opción por una vida fraterna que visibiliza el Reino de Dios... imagen misma del cielo: hermanos unos de

otros, más allá de nuestros orígenes, historias personales o inquietudes. Juntos recordamos al mundo la fraternidad de los hijos de Dios. Por ello, nuestras comunidades quieren ser comunidades abiertas, acogedoras, alrededor de las que se construye iglesia, se construye la fraternidad que da testimonio al mundo competitivo y egocéntrico del amor infinito de Dios.

- Y de igual manera para todo cristiano: nuestra vida entera quiere ser evangelio, Buena noticia de acogida y cuidado a los demás. Nuestras puertas son puertas abiertas, de las que brota siempre colaborar antes que competir, aceptar antes que condenar, crear y acoger antes que rechazar... Todos pueden sumar, todos somos de la misma familia de Dios. Somos germen de unión y comunión.



Dinámica para la reflexión

- Empezamos compartiendo aquello que no conocíamos de la historia de estos dos misioneros cristianos. ¿Qué me ha gustado más de su vida? ¿Qué me ha sorprendido?
- Reflexionamos sobre nuestra experiencia a la luz de estos dos testigos:
 - * ¿Cómo sientes que tu vida genera Iglesia?
 - * ¿Cómo puedes evangelizar a otros desde tu matrimonio, desde tu comunidad, desde tu hogar?
 - * ¿Cómo te ha evangelizado a ti esa misma experiencia de acogida?

4. Momento final de oración

Canto. Háblame (Kairoi)

Yo siento Señor que tú me amas. Yo siento señor que te puedo amar.
Háblame señor que tu siervo escucha. Háblame, ¿qué quieres de mí?
Señor tú has sido grande para mí. En el desierto de mi vida, ¡háblame!

Yo quiero estar dispuesto a todo.
Toma mi ser, mi corazón es para ti.
Por eso canto tus maravillas,
por eso canto tu amor. (2)

Te alabo Jesús, por tu grandeza.
Mil gracias te doy por tu gran amor.
Heme aquí Señor para acompañarte.
Heme aquí, ¿qué quieres de mí?
Señor tú has sido grande para mí.
En el desierto de mi vida, ¡háblame!

Palabra. Mt. 5, 13-16

Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se pone sosa, ¿con qué se salará? Ya no sirve más que para tirarla a la calle y que la pise la gente.

Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad situada en lo alto de un monte; ni se enciende un candil para meterlo debajo del perol, sino para ponerlo en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Alumbre también vuestra luz a los hombres; que vean el bien que hacéis y glorifiquen a vuestro Padre del cielo.



Oración

Con Prisca y Aquila hacemos esta oración de alabanza por tantas personas que, como ellos, han sido y son buena gente para los demás; y de forma sencilla responden a la llamada de Dios.

Bendito seas por tantas personas sencillas y buenas
que viven y caminan con nosotros
haciéndote presente cada día con rostro amigo de padre y madre.

Bendito seas por quienes nos aman sinceramente,
y nos ofrecen gratuitamente lo que tienen
y nos abren las puertas de su amistad, sin juzgarnos ni pedirnos cambiar.

Bendito seas por las personas que contagian simpatía
y siembran esperanza y serenidad
aún en los momentos de crisis y amargura que nos asaltan a lo largo de la vida.

Bendito seas por quienes creen en un mundo nuevo
aquí, ahora, en este tiempo y tierra,
y lo sueñan y no se avergüenzan de ello y lo empujan para que todos lo vean.

Bendito seas por quienes aman y lo manifiestan
y no calculan su entrega a los demás,
por quienes infunden ganas de vivir y comparten hasta lo que necesitan.

Bendito seas por tantos y tantos buenos samaritanos
que se paran a nuestro lado a curarnos,
y nos tratan como ciudadanos y hasta hermanos.

¡Bendito seas Señor por tanta gente buena!

Si se quiere, se puede decir en alto algún nombre que nos venga al corazón después de leer esta oración y podemos completarla diciendo: ¡Bendito seas Señor por...!

Se puede acabar diciendo: Bendito seas Señor por Marcelino Champagnat, Bendito seas por nuestra Buena Madre María.